



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE DICIEMBRE DE 2016

Carlos Alejandro / Olga de León

## Dos niñas vestidas de amarillo

FUEGO EN LA FRENTE  
CARLOS ALEJANDRO

Llegaron a Tampico a las ocho de la mañana y pronto descubrieron que las paredes del hotel eran color crema, similar a las conchas de los ostiones, y que la alberca estaba dividida en dos secciones: una para niños, la otra para adultos; su fondo azul alcanzaría a verse desde el segundo piso de habitaciones, donde Roberto y su hijo se hospedarían. Habían viajado desde Aguascalientes por un negocio del padre con el Sindicato de Petróleos, en tiempos de la Quina. Temprano, el padre se deshizo del asunto inmediatamente y se dirigieron al hotel, que no se encontraba cerca del mar. “No se preocupe de sus honorarios”, le dijeron los del sindicato, y decidió que pasaría el resto del día en el lugar de alojamiento.

Se había tratado de un asunto relacionado con energía eólica. Recibió la llamada telefónica un día antes. El trabajador tuvo el accidente al acercarse al aspa de la turbina durante la madrugada y no había sido capacitado por la empresa para sus labores. Roberto recordó a la abuela de su madre, quien le decía “viejo pendejo” a su abuelo don Prisciliano (rió para sí; su abuelo era un hombre bondadoso que consentía a su mujer); esto lo sacó a colación hablando con su hijo Juanito. Ya en el taxi, le dijo al chofer: “Fíjese que yo debí haber vivido -en una vida pasada- en un lugar de frío, porque no aguanto las temperaturas de Tampico”. Y sonrió sin recibir una respuesta del conductor, y sin saber si su hijo había entendido el chiste.

Días antes, una tromba marina había sacudido la playa; pero ahora, el pronóstico de bajas temperaturas, lluvias y vientos fuertes, había desaparecido. Para mediodía se esperaba una temperatura de cuarenta grados centígrados. A las once de la mañana, Juanito salió del cuarto de hotel en traje de baño rojo, sin toalla en la mano: con ella cargaría su padre minutos más tarde.

El niño de diez años bajó a la planta baja y dio una vuelta alrededor del agua, buscando dónde zambullirse como cohete que se introdujera en el espacio intergaláctico, perdiendo velocidad y flotando como pelusa en el aire. Pero en ese momento la vio a ella: y decidió caminar detrás de la niña que llevaba traje de baño amarillo, tenía su misma edad. Cuando ella lo notó, Juanito detuvo el paso y cambió de rumbo. Minutos más tarde, era la niña quien andaba pegada a él.

Caminaban despacio, pero no platicaban. “A esa edad es amor de olor”, le habría de recordar Roberto a su hijo cuarenta años después, bebiendo un par de whiskeys. “¿Sí te conté cómo conseguí esta caja de botellas? Estaba cada una a un dólar. “Tráete una caja, papá”, le dijo a su padre” y luego continuó diciéndole a su hijo Juan: “Quitando esta, me quedan tres. Una de ellas la voy a mandar encuadernar”.

Aquella noche de niñez en Tampico, cuarenta años atrás, Juanito tuvo temper-

atura, y apenas ahora se lo decía a su padre. Nunca supo si por los mariscos que había comido durante el día; pero aquella noche, el padre no se dio cuenta. Por la madrugada, Juanito sufrió alucinaciones con las sombras y los reflejos de las luces de los autos que entraban al estacionamiento del hotel, y luego a su cuarto. El niño tenía la sensación de que su paladar era gigante, quizás porque estaba hinchado; y aunque cerraba los ojos, no podía dormir.

Por la mañana amaneció bien, sin temperatura. El padre se levantó pensando en otra cosa: más bien con la convicción de que el hotel se encontraría pagado por el sindicato, sin importar el número de días que permanecieran ahí,

amigas; también les añadía detalles de los cuentos e historias que había leído, casi siempre en El Tesoro de la Juventud.

Aquel domingo irían al cine, ella sería la encargada de cuidar a todos los niños y niñas del barrio que irían; a algunos, sus padres los dejaban a la entrada y ella acomodaría a todos en la primera hilera de butacas de la parte más baja del nivel medio del cine, algo así como el segundo nivel, no piso. Esos eran los mejores lugares, pues frente a las butacas había un barandal, donde podían poner los refrescos. Su hermanito año y cinco meses menor y la hermanita de apenas cinco años junto con otra vecinita irían en aquel auto negro, o era el azul celeste con beige. ¡Ay, no estoy segura, se

amarillo”. Eso no la confortó, aquella niña jamás olvidaría ese domingo que había empezado así, yendo en el auto al Cine... ¿cómo se llamaba? A veces confundió los cines de Matamoros con los de Reynosa, me dice hace unos días, la mujer que ahora, más de cincuenta años después, sacó a colación este detalle para regalarme su historia. ...estoy casi segura de que era El Rex, el nuevo Rex que estaba en el centro, frente a la Iglesia.

La Matinée era la hora del cine para niños, y ella durante años, siendo niña y ya adolescente siguió llevando vecinitos a ver... ¡lo que fuera que exhibieran!, la diversión estaba en el grupo y la niña mayor que los cuidaba.

Fíjese usted, me dijo entonces, hace



pero no quiso quedarse más. Ese día regresaron a Aguascalientes. Fue la primera vez que Juanito estuvo en Tampico, y la última. Tampoco habría de volver a sentir la llama inocente del amor, ondeando de día como reguilete en su pecho, ni coqueteando, ardiendo y haciendo cenizas su frente en la soledad del anochecer.

LA NIÑA DE AMARILLO  
OLGA DE LEÓN

Nunca le preguntó a su madre, porque tenía que ponerse la ropa que ella le escogía, a veces acompañándola de compras, otras, sola la madre iba al otro lado del Bravo y regresaba con vestidos, zapatos y varias mudas que serían para la niña grande. Ya había cumplido los once hacía más de medio año y seguía siendo su madre la que decidía qué usaría para los domingos o las fiestas con la familia, o las amiguitas del colegio. No le molestaba, al contrario, prefería quedarse en casa y leer o escribir, o contar a sus hermanos menores, cuentos que ella misma inventaba: partes salían de su imaginación, algunas de vivencias personales o de lo que se enteraba por las

lamentó al contarme. El problema era que todas las niñas querían estar al lado de Almita. Ocupaban casi la fila completa, eran ocho o nueve niños, entre niñas, niños y ella púber, a punto de los doce.

Ese día, si la memoria no me falla -me dijo, cuando esto me cuenta- nos llevaría el doctor Cantú o el doctor Cota, el primero tenía mejor auto, no recuerdo la marca ni el modelo, seguro era del año. Alma iba en el asiento trasero del gran auto (azul celeste con beige muy claro y más de lujo; o era un Ford Fairlane 500 de 1960, negro), y adelante la Nena, hija del Dr. Cota: debió ser él quien ese domingo nos llevaba al cine. Alma sintió que la miraban por el espejo retrovisor, y de pronto el médico, viéndola a sus ojos entre sorprendidos y tímidos a través del cristal plateado, recitó: “La que de amarillo se viste a su hermosura se atiende, o de sinvergüenza se pasa”.

De inmediato, el hombre debió arrepentirse de lo dicho, pero soltó una risita y añadió: “Solo es un dicho de la gente, Almita, no te sientas apenada: tú eres una niña hermosa y muy educada, no sinvergüenza; pero así dicen cuando a alguna damita le queda muy bien el

como diez o un poco más de años, andando en uno de los Centros Comerciales más grande y de los Primeros en esta ciudad, junto a las góndolas de los Cosméticos, me detuvo una hermosa mujer, entonces como de cuarenta y algo, y yo de cincuenta y unos pocos, llamándome por mi nombre soltó una exclamación: “Almita, qué gusto verte; estás igualita...” ¡Qué maravilla hace sobre los ojos el afecto que a una le guardan!

Más de cuarenta y tantos años sin verlos, y si no me equivoco, era la niña de la guapa señora Oralia que hacía deliciosos pasteles, la que me vio igualita que cuando por última nos veríamos, yo tendría 13 o 15 años. Me encantaría volver a encontrarla, nos perdimos “la pista”: ella con sus compromisos sociales y familiares; yo con mis amores y pasiones: mis hijos, mis alumnos y mis cuentos que ocupan todo mi tiempo.

El vestido amarillo pastel, cuellito doblado hasta debajo de la oreja, con pliegues en la pechera y ligeramente plisada la falda: me encantaba; comprado por mi madre, quien desde el cielo estará sonriendo y a la espera de ver publicada esta historia.

Oscar G. Baqueiro

## Adviento

Esta palabra del viejo latín, literalmente al lado del viento, o lo que viene, es la primera estación litúrgica del calendario eclesiástico de las iglesias “históricas” que comienza 4 domingos antes de la Natividad y termina en la Epifanía, primera semana de enero, o sea en la festividad de los magos que visitan a Jesús en Belén, lugar de su nacimiento.

El pueblo judío, nuestro antecesor en la fe, también tiene dos calendarios el civil y el litúrgico o sea el de las celebraciones religiosas. En el campo cristiano son 4 domingos preparatorios para el gran acontecimiento del “Verbo hecho carne” usando las palabras del evangelio según Juan, el apóstol. Tienen sabor reflexivo y penitencial.



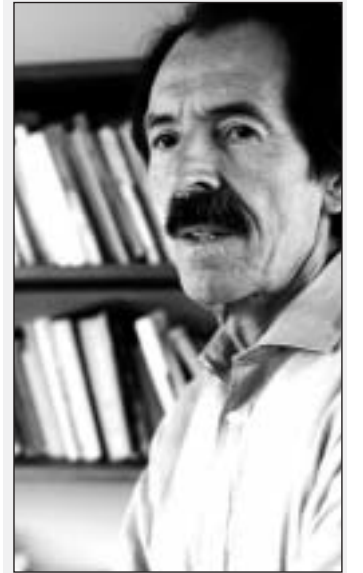
En nuestro año el 20 de noviembre, festividad de S. Andrés Apóstol, terminó 2016 y al siguiente domingo se inicia el Adviento. Entramos pues a la época más festiva y popular de cada año con sus

adornos vistosos, comidas abundantes, cánticos llamados villancicos e intercambio de regalos todo pensando en la Encarnación divina en Jesús, a quien las Escrituras llaman, también, Emmanuel

“Dios como uno de nosotros.”

Pero el lado oscuro del enorme acontecimiento es el adueñarse de diciembre 25 por el comercio, insaciable, que desde semanas antes lanza sus promociones que por repetitivo acaban por aturdir a la gente y dejan fuera del festejo al festejado, Jesús. Además entran muchos añadidos, no bíblicos: los viajes, las posadas, acostar y levantar al “niño” y la Candelaria que llega hasta principios de febrero.

Los productores de bebidas alcohólicas hacen también su Jauja cuando cada festejo suele acompañarse de generosas cantidades de vinos y compañías, de tal forma que la esencia del evangelio, el nacimiento del Redentor, queda sobre pasado con todo lo que hemos señalado y en lo cual, en muchos casos, las propias iglesias son arrolladas. ¡De todas formas bienvenido adviento 2016.!



Julio Ramón Ribeyro

Julio Ramón Ribeyro, quien nació en Lima, Perú, el 31 de agosto de 1929, formó parte a la generación conformada por un grupo de escritores que buscó una renovación en la narrativa peruana.

Hijo de Julio Ribeyro y Mercedes Zúñiga, Julio Ramón fue el primero de cuatro hermanos; pasó su niñez en Santa Beatriz, barrio de clase media para después mudarse a Miraflores.

De acuerdo con el portal “librosperuanos.com” Ribeyro abandonó sus estudios de Derecho para estudiar letras en la Universidad Católica de Perú; viajó a Europa, se estableció en París y trabajó como periodista en France-Press.

Fue en París donde escribió su primer libro “Los gallinazos sin plumas” y en 1972 fue nombrado agregado cultural peruano en París y delegado adjunto ante la UNESCO; posteriormente ministro consejero, hasta llegar al cargo de embajador peruano ante la UNESCO (1986-90).

Hacia 1993 se estableció definitivamente en Lima. En su país fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura (1983) y el Premio Nacional de Cultura (1993), un año después recibió el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo.

Entre su obra se encuentran títulos como “Cuentos de circunstanancias” (1958), “Las botellas y los hombres” (1964), “Tres historias subterráneas” (1964), “La juventud en la otra ribera” (1973), “Solo para fumadores” (1987), y “Cuentos completos” (1994).

Reconocido mayormente por los cuentos que escribió, Ribeyro también publicó tres novelas: “Crónica de San Gabriel” (1960), “Los geniecillos dominicales” (1965) y “Cambio de guardia” (1976).

Días después de recibir el premio Juan Rulfo, Ribeyro falleció el 4 de diciembre de 1994, tras recaídas provocadas por el cáncer que le fue detectado en 1974.

ad pēdem literae

El valor de una educación universitaria no es el aprendizaje de muchos datos, sino el entrenamiento de la mente para pensar.

Albert Einstein

letras de buen humor

No guardes nunca en la cabeza aquello que te quepa en un bolsillo.

Albert Einstein